desafiando la inmensidad de piedra del Oriente, que siempre ha sido una de sus grandes obsesiones, ha elegido la flecha gótica adivinando que la emoción no disminuye en su intensidad contemplativa; ha preferido las columnas y los arcos agudos porque su intuición le ha dicho que el interior de semejante templo deja libre las miradas, sin tropezar con formas gigantescas; ha sustituido las herraduras y los mihrabes por ventanas angostas y a color, tal como lo ha visto Shakespeare mirando los ojos claros y profundos. En todas esas circunstancias ha tenido razón. Su fuerza narrativa, la erudición y la sensibilidad poética hubieran podido construir otro edificio. Grandes novelas y brillantes poemas largos. Ha hecho opción para el templo neogótico pensando quizá que en esos recintos no había solamente misas apuradas, sino también representaciones con «misterios» y crueles espectáculos sacados de la Bibilia. Ha optado por metáforas cortas y en eso sus intérpretes tienen razón: Borges es el más grande técnico de la metáfora. Cada una de sus páginas es una metáfora. Incluso el conjunto: esa catedral. La más atrevida. Como la que Gaudí ha imaginado para Barcelona.

El reloj, su último reloj, no está todavía en la fachada del edificio. Lo tiene dentro del penúltimo y lo saca en muy raras circunstancias, una vez cada mil años, dejando que el vuelo de un pájaro lo desgaste lentamente con el roce del ala. Es un reloj inmóvil: una pirámide. Como desconfiado que soy, mirándolo leyendo las cifras con la yema de sus dedos, le he preguntado si conoce otra palabra para definir la eternidad. «Sí», me ha dicho él. Y ahora la recuerdo: *eternullité*...

DARIE NOVACEANU.—Strada Alexandru Petöfi, 51. Sector 1, BUCAREST 2 (Rumania).

«AMBITO LITERARIO», ALGO MAS QUE UNA COLECCION LITERARIA Y POETICA

La cuestión fue que Félix Grande me dijo que podía hacer un trabajo sobre dos antologías de reciente publicación. La primera era sobre poesía gaditana, editada por Zero-Zyx en un volumen titulado *Nueva poesía. 1: Cádiz.* La segunda era un ambicioso libro de Víctor Pozanco, *Nueve poetas del resurgimiento.* Una vez facilitadas las señas, traté de ponerme en contacto con Víctor (Santuarios, 8, Barcelona-16). Por aquel entonces habían cambiado el número de su distrito y mis cartas anduvieron por ahí, perdidas; luego vino una contesta-

ción de Víctor y el anuncio del envío del libro, y después... pasó algo, no sé exactamente qué. Lo cierto es que la colección «Ambito», dirigida por Víctor Pozanco y José Santamaría, cerró su existencia con seis títulos y nació «Ambito Literario», bajo la exclusiva dirección de Víctor Pozanco.

De cualquier manera, yo cumplí lo encargado y entregué en la Redacción de *Cuadernos Hispanoamericanos* mis trabajos sobre las citadas antologías, cuya publicación tuvo lugar en el número 326-327, páginas 497 a 511, inclusive. Bien, a lo nuestro. Decíamos que «Ambito» contó con seis títulos, los cuales aparecían como lecturas recomendadas en las primeras obras de «Ambito Literario», pero dos títulos que pasaron a integrar la nueva colección ya aparecían como «en preparación» en la antigua: se trata de *La propia imagen,* de Manuel Andújar, y de *Poemas para un análisis,* de Carlos Alvarez, que hacen los volúmenes VIII y X, respectivamente. Así, pues, «Ambito Literario» (en adelante, AL), nació con el título VII, *Lectura de Juan Goytisolo,* de Santos Sanz; el IX es *Alegoría,* de Jaime Siles, y el XI, *Paseo ecuestre;* su autor, Luis M. Vilallonga —apellido que raras veces oigo bien pronunciado—. Valga y débase aclarar que la estructura de AL es similar a la de su antecesora, con las modificaciones necesarias para una adaptación de los textos a publicar y cierta rusticidad en las cubiertas que, sin duda, abaratarán el valor de los libros, con ánimo de introducirse en un lectorado más y más popular. La continuidad de criterios para llevar a cabo la publicación de los títulos de AL es muy similar, posiblemente en algunos casos más ingeniosa, a la de los seis títulos primeros. Ahora bien, si en aquéllos en las maquetas y diversos diseños intervenían Julio Vivas, Margarita Andréu y Manolo Gómez y sólo en la portadilla Montse Gibert, en la nueva empresa todo el trabajo se debe a esta última, teniendo un especial encanto *La ventana,* obra pictórica de *Gibertmón* (Montse Gibert), que aparece como frontispicio en algunos de los títulos.

Al mencionar que *Santa Balbina, 37. Gas en cada piso,* de Camilo José Cela, es el título XII, ya queda suficientemente aclarado que AL, como su predecesora, no es una colección de poesía, sino que se presta a la inclusión en su andadura de las más diversas temáticas. La historia de las *atufadas* de la calle de Santa Balbina vio la luz hace bastantes años. En AL se publicó en septiembre de 1977. De esta interesante novelita poco podemos decir que lo ya dicho, que a la maestría de su autor en utilizar el lenguaje se une una hábil capacidad para suceder la acción y llevar a un desenlace insólito que nos vino a recordar un-dos título-títulos de don Ramón del Valle-Inclán; me refiero a *Ecos de Asmodeo* (La Novela Mundial,

Madrid, 1928) y a *El trueno dorado* (Nostromo, Madrid, 1975), en edición que preparara el tempranamente desaparecido Fabra Barreiro, que quedan configuradas por una misma acción y unos mismos personajes en un mismo escenario. Escenario que va a ser el que Cela revitalice en la historia santabalbinesca, donde la claridad de imágenes y la desenvoltura de la acción nos hacen olvidarnos de otras novelas de gran interés sin duda, pero de enorme lectura y múltiples problemáticas. El capitulito penúltimo dice así: «Los periódicos de la tarde daban la noticia. *Informaciones* publicaba una foto de la casa y un titular que decía: "Víctimas del gas". *Pueblo*, a dos columnas, rotulaba el suceso: "Dos jóvenes, muertas en accidente". *Madrid* decía en última página: "El suceso de la calle Santa Balbina". *El Alcázar* no se enteró hasta el otro día.»

Título XIII: *Quizá Brigitte Bardot venga a tomar una copa esta noche*, del valenciano Alfonso López Gradolí, con prólogo de Francisco Umbral. Publicada el mismo mes que la anterior, ya había visto la luz seis años antes y parte de ella, junto con otras muestras importantes, había figurado en la *Odología poética* que Artesa configuró con el número 25 de sus cuadernos de poesía, y de la cual decía Antonio L. Bouza que «no tiene más intención que reflejar estados del presente con influjo sobre un futuro inmediato —no imperfecto— de nuestra poesía». Se trata de ese tipo de poesía gráfica o plástica a la que puede o no acompañar algún texto y que refleja con unas características de gran preciosismo un estado de ánimo, una ilusión, una decisión o una duda. En este caso la Brigitte Bardot precuidadora de focas y posfoca ella misma, o sea en su momento de mejor y más recordada belleza, irradiando sensualidad por varios pechos y costados, es la protagonista, casi infinita, del libro de López Gradolí en imágenes de cierto esplendor, remitiéndonos a título de ejemplo esa portada de tal vez un disco (Producões Fermata EPE-597) en la cual la célebre estrella del cine francés ensaya ese censurado desvestimiento para rodrígueces atormentados, mientras sobre ella se lee:

Poco de música
que deja
nostalgia
da
convencimiento
brizna
de aquella
(tú otra vez)
no entenderías
instante mío
intento dártelo.

Historia de manuscritos, del propio Víctor Pozanco, es el volumen XIV. Permítasenos incluir algunas palabras que sobre este libro decíamos en el número 634 de *La Estafeta Literaria:* «Tanto la "poesía" como la prosa poética de este libro de Víctor Pozanco son fulgurantes y de una extraordinaria vivacidad, pues si la prosa es un delicado ejemplo de lo que puede sugerirse a través de la creación literaria Barnatán; el XIX, *Proyecto preliminar para una arqueología del campo*, niendo el libro son todo un horizonte a la esperanza, o una especie de solución para la larga e inmediata soledad que nos ata al tiempo, a las horas.»

Un título controvertido es el XV, *El informe Vilallonga*, de Luis M. Vilallonga, que se subtitula *¿Pacto entre Stalin y Franco?:* todo un documento para la historia. En él su autor analiza una serie de cuestiones de gran interes que, de una u otra manera, han condicionado toda la política española y alguna parte de la política europea hasta nuestros días.

Antonio Castro y Castro nació en Oteruelo de la Vega (León) en 1929. Reside en Roma como sacerdote operario, o al menos residía hasta hace algunos años, por ejemplo cuando recibió una mención especial en el III Certamen Internacional de Poesía Religiosa «San Lesmes, Abad», con su libro *Arquitectura*, o cuando fueron publicados los poemas escritos en Roma en 1975 *Niños por mi tiempo* por Editorial Litho Arte, de Zaragoza. Si en aquella ocasión Carlo Liberio del Zotti decía en el prólogo que «sin rebuscar temas de exasperación, este poeta, por una especialísima disposición de espíritu, cada vez más rara en el clima de galopante superficialidad que marca el compás de nuestra época, partiendo de motivos aparentemente intrascendentes o desgastados, y hasta peregrinos en algunos casos, remonta muy alto su vuelo lírico, muy alto», a la vista de su *Primera antología* (volumen XVI de AL), cuestiones como las indicadas quedan de manifiesto y otras, como lo expuesto por el mismo Pozanco en el prólogo a esta muestra antológica cuando, por ejemplo, dice que «lo social de la vida, siempre en contraposición a la verdad de lo social, apunta aquí a uno de los peligros más graves: la rutina. Una rutina en la que se apoya, en parte, toda ideología, todo sistema represivo. La verdad, puesto "que lo es", hay que repetirla día tras día, individuo a individuo. Y no se olvide que Castro es cristiano, de un cristianismo discente», por todo lo cual, tal vez, Víctor termina diciendo: «Creo que la lectura de *Primera antología* ofrece no sólo una amplia gama de logros puramente artísticos, sino una visión del mundo descrita con la audacia de las emociones y la integridad de los actos.» Para

muestra, unos versos. Unos versos del poema «Llueve en Roma, en el mundo, en el cerebro»:

Llueve en Roma, en el mundo, en el cerebro.
Llueve en Roma. Se cae la tristeza
sobre el hombre y sus charcos.
Salpican las preguntas de los pies
al insistir. Al existir.
No hay cartas.
Todo es viejo y es curvo.
Las cúpulas descienden y los pinos
se enroscan en su altura. Crujen tapias.
... ...

Galvarino Plaza, premio de la Sociedad de Escritores de Chile en 1965 por su libro *Versión sobre el origen,* es suficientemente conocido por los lectores de esta revista gracias a sus permanentes «Notas marginales de lectura», de indudable interés literario y bibliográfico. Es el autor del volumen XVII de AL, con su poemario titulado *Desfigurantes referencias.* Si no me equivoco, el poeta-ciudadano del mundo Juan Quintana prepara un trabajo sobre dicho libro para estas mismas páginas. Siendo así, de todas formas, no me resisto a dejar sin incluir algunos versos de Galvarino, y lo hago con el poema IV, dedicado a Víctor Jara, de la parte de su libro titulada «Memorial septiembre», pienso que referido, dolorídamente, a un septiembre trágico para su patria chilena: trágico para los combatientes y para los no idealistas, porque la muerte, el terror y el odio no son nada que nadie quiera para sí ni para sus semejantes:

Crecido erial; bóveda al aire pulliendo deshabitados
lechos:

Dispersos sucesivos vínculos, estáticos remansos/
doliente cauce/sordo tiempo diasporal, marcha en
torno muro, quebrado canto:

Acción de cantar.
Música de canto.
Parte de un poema.
Trozo de piedra.
Lado de cuchillo o sable.

Centro la pupila; ojo que anida del verdugo su gesto
más ceguera.

Después de éste se suceden muchos libros, no menos interesantes, como el número XVIII, *La escritura del vidente,* Marcos Ricardo

Barnatán; el XIX, *Proyecto preliminar para una arqueología del campo*, César Antonio Molina; el XX, *Víspera de San Juan*, José María Carandell. Tengo cierta relación con Luis Carandell, hombre amante de los paisajes y de las largas geografías, hombre que sabe analizar vigorosamente las situaciones políticas y sacar punta a cualquier hecho social. De su hermano José María conocía menos hechos. Ahora advierto en él un gran poeta, un poeta entero. Este libro viene a demostrarlo. El fuego, el espacio, la ternura hacia el hijo, el silencio, la reflexión o la duda son sus temas principales. El poema «Madrugada» dará una idea de lo expuesto:

De madrugada soy un marinero
—sueño infantil, fabuloso y vulgar—
que lunático dejo el derrotero
y caigo en la borrasca del azar.

Revienta el negro mar bajo el velero
que de un momento a otro va a volcar
y arriba el cielo tiembla todo entero
y hecho trizas me viene a sepultar.

Pero el terror del mundo vacilante
me descubre caminos infinitos,
y temo más el árido presagio:

que cuando de mañana me levante
tendré que celebrar los viejos ritos
con los absurdos restos del naufragio.

Tomo XXI: *Poesía de la resistencia y del exilio chilenos*, Omar Lara y Juan Armando Epple. El siguiente es *España, libertad de cisne*, de Antonio L. Bouza, de próxima edición. Del número XXIII, *Lo que opinamos de Vicente Aleixandre*, decíamos en el citado número 634 de *La Estafeta Literaria:* «Opinar del Premo Nobel de Literatura 1977, o sea el largo tiempo habitante de una casa sin fronteras que ha sido un poco la casa de diversas, muchas, generaciones de poetas, creadores de esperanzas, forjadores de mundos mejores, a veces fenecidos, a veces felizmente arraigados en el panorama circunspecto de un siglo horriblemente confuso y, pese a todo, magníficamente vivo, despierto, opinar del Premio Nobel de Literatura 1977, digo, ha estado y seguirá estando aún por muchos años, por bastantes siglos, a la orden del día en las publicaciones periódicas del universo mundo.» La nómina de *opinantes es larga:* Víctor Pozanco, Antonio Alegre Gorri, Manuel Andújar, Enrique Badosa, Antonio L. Bouza, Jorge Campos,

José María Carandell, Armando Cardona Torrandell, Leopoldo de Luis, José Luis Giménez Frontín, Joaquín Marco, Emilio Miró, Cesáreo Rodríguez-Aguilera, Ramón Sopena, Luis Suñén y un grupo de estudiantes de BUP del colegio Betania-Patmos, de Barcelona, uno de los cuales decía: «... Su calidad humana lo convierte en uno de los autores más cercanos a los poetas que iniciaron su producción después de la guerra. De tal manera que se ha visto en él un puente entre dos generaciones...»

El cuerpo y la palabra, de Manuel Benavides, es el título XXIV. El XXV, *Entretierras,* se debe al melillense Miguel Fernández, Premio Nacional de Poesía 1977, por su libro *Eros y anteros,* que ya obtuviera el premio «Alamo» y del cual ya se habló en estas mismas páginas y en otras... *Entretierras* vio la luz en el mes de marzo de 1978; es un libro joven. Si, como al final el poeta explica, quedó «escrito en la meditación de la imagen de Ana González Cortés, mi madre, ya que ciertamente ella no murió, sino yo, su espectro», podemos concluir que *Entretierras* es el relato íntimo de un poeta buscando nuevas formas para un mundo de dioses descendidos y de hombres ensalzados, pero entre los cuales aparece la agonía incierta del limo, de la angustia, de senderos oscuros bifurcados o de leyendas suaves que, al pairo, tratan de hacerse permanentes, ciertas. Versos escritos entre abril y mayo de 1977, ofrecen distintas vertientes de reflexión, al tiempo que son el intento de creación de una poesía de modalidad estética: la belleza existe porque la creamos, porque proporcionamos sus argumentos para hacerla permanente ante los demás. La insolución de la existencia o el grito del hombre frente al cosmos son consecuencia, ingrata, de la finalización indiscriminada de la belleza; la tragedia del hombre puede ser surcar nuevos espacios sin saber si en su órbita, aún, persistirá aquello que en el diálogo de ahora suponemos belleza. En este sentido la poesía de Miguel es inquisitiva, interrogante, nunca se queda quieta. *Entretierras* es, podría ser, más que una reflexión, una historia de amor con lo bello y lo ido, con lo eterno y lo quieto. A este propósito incluimos aquí la primera estrofa del último poema del libro titulado *Reencarnación en la palabra:*

La poesía es lo que no se descubre;
parecida a la muerte, pero en vivo.
Ella surge del fondo de un negro tabernáculo
que es la meditación.

Desde que recibí el libro comencé a decirme: yo conozco esta cara de alguna Facultad, de algún silencio, de una tertulia acaso, de

un poema perdido en cualquier parte. Se trata de Alejandro Amusco. Es el autor del título XXVI, *El sol en sagitario*. De él se dice en la contraportada: «Uno de los autores de dicción más brillante de la generación de los setenta». Aconséjase la lectura del poema denominado «Entre olvido y memoria»:

En la tarde callada de inmensidad y sueño,

cuando cae el último destello rosa y surcan abatidas en el extremo
de la luz las sombras,

cuando quedan dispersas las nubes en el cielo y el anhelo se quiebra
como el cristal del aire,

a la hora del gesto y del amor,

cuando duermen los pájaros,

por las ardientes arenas de mi alma cabalga tu recuerdo.

Y resuenan tus pasos. Y es la muerte quien cruza.

Y así, o mejor, durante muchos bellos poemas donde la palabra se hace luminosa y abierta, donde la soledad parece arrinconarse, donde el amor resurge a cada estrofa, donde se inventa un concierto de imágenes perfectas, de tiempos como flores, de cielos como árboles. La poesía de Amusco es nítida y constante, sus ideas involucran al hombre y a cuanto le rodea o le ata en una necesidad de redescubrir soluciones perdidas para el diálogo o para la presencia viva de la amistad c del sueño invadiendo espacios racionales en que nuestras pisadas se hagan consistentes, se purifiquen, nazcan. *El sol en sagitario*, efectivamente, descubre, interpreta, un brillante oficiante, un inmenso poeta. Es así, otra vez, como deberíamos recomendar la lectura íntegra y repetida del poema «Playa nocturna», del cual dejamos aquí algunos versos:

Solos. Frente al mar derribado y eterno. Inmóviles.
Absortos bajo el silencio de la noche herida.
Vagan altas estrellas, temblando, por el cielo.
Se descuelgan las sombras: Alumbra tu sonrisa.

Como templadas olas de fragancia y ensueño
siento latir tu cuerpo moreno junto al mío.
Y perezosamente, como piedras a un lago,
van cayendo mis besos sobre tus labios fríos.

* * *

A MANERA DE EPILOGO Y DE QUEJA

En una carta del 1 de mayo de 1978 decía al poeta sevillano Manuel Jurado López que, «ciertamente, los canales de publicación, y más aún en el terreno de la poesía, son algo insospechado. Se mueven extraños duendes, no demasiado desconocidos, que imposibilitan una racional distribución de lo a publicar. De esta manera, *gloriosos* nombres de nuestra contemporánea literatura hallan huecos más o menos deshonrables, mientras que otras obras de mayor valor quedan fuera del alcance del lector medio. La puerta, entreabierta, de los concursos tiene cierta validez, pero aquí surgen también inconvenientes (...) que lanzan obras de singular valor al anonimato más vulnerable. ¿Qué hacer? Continuar escribiendo, dejando a un lado la desesperanza».

Bueno, lo dicho sobre los concursos requeriría un más amplio análisis y una más feroz acusación. Creo que alguien lo está haciendo y si no, ya se hará: datos para ello se poseen, con nombres, pelos, señales y cantidades en metálico *usurpadas*. No va por ahí mi queja de hoy. Ni tampoco una queja hacia, para y por la labor de Víctor Pozanco, aunque algo podría tocarle. Quiero decir que una empresa como la de Víctor sólo podría resultar marginal en el sentido en que dejara fuera de su campo de actuación a todas esas voces nuevas irremisiblemente silenciadas en medio del comercialismo impenitente que aqueja al mundo editorial. El negocio de los libros debe dejar de ser *negocio* cuando pretenda negociar con la cultura. La cultura, existe para ello incluso un flamante ministerio, es patrimonio de todos los ciudadanos. Y los libros deben ser el motor para que la cultura arraigue en ellos, no con ediciones lujosas, no con *bestsellers* ampulosos, no con repetición exacerbada de publicación de grandes autores, aunque tampoco con aparatosas ediciones. Los libros deben ser una cuestión sencilla, una cuestión de todos. El aplauso más vehemente para las colecciones populares, y no es esto una página de publicidad (por lo cual no se citan nombres, que están en la mente de todos), el aborrecimiento más exclusivo para los grandes *comerciantes* de la cultura, en el terreno literario y en todos los terrenos. Y al hablar de Al nuestro agradecimiento va destinado al inmenso esfuerzo editorial que ha supuesto hasta ahora, como veremos, la edición de treinta títulos de una manera popular. La posible queja sería destinada a ver qué voces exclusivamente nuevas aún no han tenido cabida en la programación de AL.

Preguntando a Víctor Pozanco acerca de la continuidad de «Ambito Literario», me respondía, en su estimada y poco reconocible letra

autógrafa, con aclaraciones como las siguientes: Primero, AL no termina en el número XXX. Dos, no habrá en ningún caso colecciones diferenciadas por géneros. Próximamente se editará un anuario que comprenderá lo editado entre aproximadamente septiembre de 1977 y mayo de 1978, y en el cual serán enjuiciados los géneros de poesía, ensayo, novela y libros de arte, estando cada uno de los géneros a cargo de dos críticos. De inmediata aparición, posiblemente coincidiendo con la Feria del Libro, se anuncian varios títulos, que serían:

Allá en la India (ensayos, viajes), de Rafael Lorente.
De mar a mar, de Juan Ortiz.
El rechazo de Dios, de Antonio Castro y Castro.
El informe Vilallonga: una conclusión.
Proyecto preliminar..., de César A. Molina.
Un libro sobre Blas de Otero de Joaquín Galán.

* * *

Recuerdo las escaleras del Ateneo de Madrid crujiendo bajo el paso, silenciado, de Jesús Hilario Tundidor. Fue con motivo de una lectura de *Memoria del camino,* de Juan José Cuadros. Recuerdo que al final solicitaba la lectura de un poema sobre León para después, decía, marcharnos a beber vino. Recuerdo a Jesús Hilario Tundidor, sombra impresionante caminando por las callejas salmantinas hacia la vieja Universidad para leer unos poemas de homenaje a Gerardo Diego. Y luego, ya de madrugada, dedicándonos su hermoso libro antológico *Seis poetas de Zamora,* conteniendo lo más significativo de la obra de León Felipe, Claudio Rodríguez, Alfonso Peñalosa, Lorenzo Pedrero, Waldo Santos, Jesús Francisco Hernández Pascual y la llamada intrusión, con versos del propio Tundidor, del cual guardo un simple verso, grandiosamente inquieto:

Como liberación es la mirada

Estos días atrás, con ocasión de asistir a la celebración de Villalar de los Comuneros, recordé nostálgicamente a Tundidor, tan cerca estábamos de su Zamora libre y antinacionalista. Horas después llegaba a Madrid. Venía, como él mismo dijo, del *shock.* El taxi que les trajo a su esposa y a él tuvo una avería y por Tordesillas andaba el hombretón-poeta empujando a la máquina de hierro casi fenecido. Llegó media hora después de lo convenido al Centro Iberoamericano de Cooperación. En la Tertulia Hispanoamericana tuvo lugar la presentación de su libro *Tetraedro* y, además, la lectura apasionada de un

exquisito poema que el autor lleva tiempo escribiendo dedicado a «Antonio Machado, si él viviera en nuestro tiempo», o de título similar. *Tetraedro,* a lo que vamos, es el número XXVIII de AL. El autor fue presentado divertidamente por Luis Jiménez Martos, buen conocedor de la vida y la obra de Jesús Hilario, y éste nos leyó una parte importante de su obra, de la que baste decir que es una hábil conjunción de imágenes y palabras y un avance del intento total del zamorano por ver la poesía como parte esencial de la existencia del hombre, ese hombre zarandeado por la soledad y la incertidumbre, hombre además habitante absoluto de un reino posible como es la Castilla intacta de tantos y tantos poetas, como el mismo Tundidor, Ledesma, Criado, Uña Juárez, Ignacio Sanz...

El título XXVII de AL es *Esta noche,* de Joaquín Marco, y contiene versos fechados entre 1974 y 1976:

Todo rezuma vida, como el columpio, las ranas del estanque,
el caracol que marcha carretera adelante sin perder el asfalto.
La vida está en el río, en sus remansos donde las algas forman
los extraños dibujos, anchas formas.

Yo diría que estos, todos, versos, que estas, todas, palabras, de Joaquín Marco son figuras para el audaz suplicatorio de convertir al hombre en un ser racionalmente humano, frases en las que vibra todo el llanto de siglos siendo silencios vanos (el hombre y sus violencias, la noche y sus miradas). Realmente no es nada fácil, pero Joaquín Marco nos lleva a rincones abiertos donde el hombre es protagonista de sus deseos, grita sus verdades y no esconde sus odios; el hombre canta alegre el placer, las escenas del sexo o aquello de silente que duerme en los paisajes, en los ríos, las horas. Sensaciones de angustia o de nueva alegría a cada paso renacen. La infinitud del tiempo se hace clara denuncia y se hace un catálogo de palabras no dichas, de historias no contadas, de quimeras oídas, de lluvias excusadas. Son versos, relatos, del hombre de hoy, de quien ve crecer la hierba y fenecer las ciudades, de quien descubre la primavera y aparece perdido en las tardes. *Esta noche* es un cúmulo de novedosas horas, de estilizados gritos, de reflexiones cálidas, de inquisiciones bárbaras, de ensoñaciones solas, de futuribles músicas, de inoperantes lágrimas.

Los poetas que no mueren encarcelados en plena juventud *21 cic.*
o tísicos o atropellados por los autobuses
o de cansancio, de terrores nocturnos, de absenta
o a manos de la justicia
llegan a alcanzar y hasta superar los cuarenta años.

Dialéctica de las sombras, ése es el número XXIX de AL, original de Manuel Ruiz Amezcua. El XXX es un largo estudio crítico de Víctor Pozanco titulado *García Márquez en «El coronel»*, que su autor dedica: «Para Montse».—*MANUEL QUIROGA CLERIGO (Real, 6. ALPEDRETE).*